



LEE CHILD

SIN FALLOS

UNA NOVELA DE JACK REACHER

TRADUCCIÓN DE ALDO GIACOMETTI

blatt & ríos

SIN FALLOS

LEE CHILD

Traducción de Aldo Giacometti

blatt & ríos

Índice

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Sobre el autor
Créditos

Este libro es para mi hermano Richard en Gloucester, Inglaterra; para mi hermano David en Brecon, Gales; para mi hermano Andrew en Sheffield, Inglaterra; y para mi amigo Jack Hutcheson en Penicuik, Escocia

UNO

Supieron de él en julio y estuvieron enojados todo agosto. Trataron de matarlo en septiembre. Era demasiado pronto. No estaban preparados. El atentado fue un fracaso. Podría haber sido un desastre, pero de hecho fue un milagro. *Porque nadie se dio cuenta.*

Usaron su método habitual para pasar la seguridad y se instalaron a treinta metros de donde él estaba dando su discurso. Usaron un silenciador y le erraron por dos centímetros. La bala le debió haber pasado justo por encima de la cabeza. Quizás incluso le *rozó el pelo*, porque inmediatamente levantó la mano y se lo acomodó como si una ráfaga de aire se lo hubiese despeinado. Lo vieron una y otra vez, después, por televisión. Levantaba la mano y se acomodaba el pelo. Nada más. Seguía con su discurso, como si nada, porque por definición una bala disparada con silenciador es demasiado veloz como para verla y demasiado sigilosa como para oírla. Por lo que le erró y siguió de largo. Le erró a toda la gente que estaba detrás de él. No encontró ningún obstáculo, no dio contra ninguna edificación. Voló limpia hasta que se quedó sin energía y la gravedad la arrastró al suelo a lo lejos donde no había nada salvo un pastizal vacío. No hubo ninguna respuesta. Ninguna reacción. *Nadie se dio cuenta.* Fue como si esa bala nunca se hubiese disparado. No dispararon de nuevo. Estaban demasiado conmocionados.

Así que fue un fracaso, pero un milagro. Y una lección. Pasaron octubre actuando como los profesionales que eran,

empezando de nuevo, tranquilizándose, pensando, aprendiendo, preparándose para el segundo atentado. Sería un atentado mejor, planificado cuidadosamente y debidamente ejecutado, elaborado con técnica y matices y sofisticación, y mejorado por un miedo impío. Un atentado digno. Un atentado *creativo*. Sobre todo, un atentado que no fallaría.

Entonces llegó noviembre, y las reglas cambiaron por completo.

La taza de Reacher estaba vacía pero seguía tibia. La levantó del plato y la inclinó y observó cómo la borra en el fondo fluía hacia él, lenta y marrón, como el limo de un río.

—¿Cuándo hay que hacerlo? —preguntó.

—Lo antes posible —dijo ella.

Él asintió. Se deslizó por el banco del box moviéndose de costado y se puso de pie.

—Te llamo en diez días —dijo.

—¿Con una decisión?

Él negó con la cabeza:

—Para decirte cómo salió.

—Voy a *saber* cómo salió.

—OK, para decirte dónde mandarme el dinero.

Ella cerró los ojos y sonrió. Él bajó la vista hacia ella.

—¿Pensaste que no iba a aceptar? —dijo.

Ella abrió los ojos:

—Pensé que podías llegar a ser un poco más difícil de convencer.

Él se encogió de hombros:

—Como te dijo Joe, me encantan los desafíos. Joe por lo general tenía razón en este tipo de cosas. Por lo general tenía razón en muchas cosas.

—Ahora no sé qué decir, salvo gracias.

Él no respondió. Sencillamente se empezó a alejar, pero ella se puso de pie justo al lado de él y lo retuvo allí. Hubo una pausa incómoda. Por un segundo quedaron cara a cara,

atrapados por la mesa. Ella ofreció la mano y él se la estrechó. Ella la sostuvo una fracción de más, y después se estiró hacia arriba y lo besó en la mejilla. Tenía los labios suaves. El contacto lo quemó como una pequeña descarga eléctrica.

—Con darte la mano no alcanza —dijo ella—. Lo vas a hacer por nosotros. —Luego hizo una pausa—. Y casi fuiste mi cuñado.

Él no dijo nada. Solo asintió y terminó de salir de atrás de la mesa y miró una vez más por encima del hombro. Después subió la escalera y salió a la calle. Tenía el perfume de ella en la mano. Fue caminando hasta el bar y les dejó una nota a sus amigos en el camarín. Después se dirigió hacia la autopista, con diez días enteros para encontrar una manera de matar a la cuarta persona mejor protegida del planeta.

Todo había empezado ocho horas antes, así: la líder del equipo, M. E. Froelich, llegó a trabajar ese lunes por la mañana, trece días después de las elecciones, una hora antes de la segunda reunión estratégica, siete días después de que se hubiera utilizado por primera vez la palabra *asesinato*, y tomó su decisión final. Fue en busca de su superior inmediato y lo encontró en la secretaría afuera de su oficina, claramente camino hacia algún otro lado, claramente apurado. Tenía una carpeta bajo el brazo y en el rostro una indudable expresión de *no se acerque*. Pero ella respiró hondo y dejó claro que necesitaba hablar en ese mismo momento. Con urgencia. Y de manera extraoficial y en privado, obviamente. Por lo que él hizo una pausa y se dio vuelta de manera abrupta y volvió a su oficina. La hizo pasar detrás de él y cerró la puerta a sus espaldas, lo suficientemente despacio como para que la reunión no programada pareciera un poco conspirativa, pero con la firmeza suficiente como para que no le quedaran dudas de que estaba molesto por la interrupción de su rutina. Fue

simplemente el ruido del pestillo al cerrarse, pero fue también un mensaje inconfundible, comunicado de manera exacta en el lenguaje de las jerarquías de oficinas de cualquier parte: *mejor que no me esté haciendo perder el tiempo con esto.*

Era un veterano con veinticinco años de experiencia y con su última vuelta ya bien avanzada antes de pasar a retiro, ya bien entrado en la cincuentena, el último eco de los viejos tiempos. Seguía siendo alto, seguía bastante esbelto y atlético, pero se estaba poniendo canoso rápido y se estaba ablandando en algunos de los lugares equivocados. Se llamaba Stuyvesant. Como el último director general de Nueva Ámsterdam, decía cuando le preguntaban cómo se escribía. Después, reconociendo el mundo moderno, decía: como la marca de cigarrillos. Se vestía con ropa de Brooks Brothers todos los días de su vida sin excepción, pero se lo consideraba capaz de ser flexible en sus tácticas. Lo mejor de todo, nunca había fallado. Ni una sola vez, y hacía un rato largo que estaba en el mercado, con no pocas dificultades. Pero no había habido fallas, ni tampoco mala suerte. Por lo tanto, según el cálculo despiadado de las organizaciones de cualquier parte, se lo consideraba un buen tipo para el cual trabajar.

—Parece un poco nerviosa —dijo.

—Lo estoy, un poco —le dijo Froelich.

La oficina era pequeña, y silenciosa, y poco amueblada, y muy limpia. Las paredes estaban pintadas de blanco brillante e iluminadas con halógenas. Había una ventana, con persianas verticales cerradas a medias contra el clima gris de afuera.

—¿Por qué está nerviosa? —preguntó.

—Necesito pedirle autorización.

—¿Para qué?

—Para algo que quiero probar —dijo ella.

Tenía veinte años menos que Stuyvesant, exactamente treinta y cinco. Era más alta que baja, pero no de manera

excesiva. Quizás solo tres o cinco centímetros por encima de la media de las mujeres americanas de su generación, pero la clase de inteligencia y energía y vitalidad que irradiaba dejaban la palabra *promedio* fuera de la ecuación. Estaba a mitad de camino entre ágil y fuerte, con un resplandor brillante en la piel y en los ojos que hacía que pareciera una atleta. Tenía el pelo corto y rubio e informalmente despeinado. Daba la impresión de haberse puesto a las apuradas la ropa de todos los días después de haberse duchado de prisa después de haber ganado una medalla de oro en las Olimpiadas cumpliendo un rol crucial en alguna clase de deporte en equipo. Como si no fuera nada importante, como si quisiera salir del estadio antes de que los periodistas televisivos terminaran de entrevistar a sus compañeras de equipo y empezaran con ella. Parecía una persona muy competente, pero muy modesta.

—¿Qué clase de algo? —preguntó Stuyvesant. Se dio vuelta y apoyó la carpeta en el escritorio. El escritorio era grande, rematado con una superficie de laminado gris. Mobiliario de oficina moderno de alta gama, limpiado y pulido obsesivamente como una antigüedad. Stuyvesant era famoso por mantener el escritorio siempre despejado de papeles y completamente vacío. El hábito creaba un aire de efectividad extrema.

—Quiero que lo haga una persona externa —dijo Froelich.

Stuyvesant alineó la carpeta en la esquina del escritorio y le pasó los dedos por el lomo y por el borde adyacente, como corroborando que el ángulo fuera exacto.

—¿Cree que es una buena idea? —preguntó.

Froelich no dijo nada.

—¿Supongo que tiene a alguien en mente? —preguntó.

—Un excelente candidato.

—¿Quién?

Froelich negó con la cabeza:

—Usted debería mantenerse al margen —dijo—. Mejor así.

—¿Alguien lo recomendó?

—O la recomendó.

Stuyvesant asintió. *El mundo moderno:*

—¿Alguien recomendó a la persona que tiene en mente?

—Sí, una fuente excelente.

—¿Interna?

—Sí —dijo otra vez Froelich.

—Por lo que ya no estamos al margen.

—No, la fuente ya no es más interna.

Stuyvesant se dio vuelta otra vez y colocó la carpeta paralela al borde largo del escritorio. Después otra vez paralela al borde corto.

—Déjeme hacer de abogado del diablo —dijo—. La ascendí hace cuatro meses. Cuatro meses es mucho tiempo. Tomar la decisión de traer a alguien de afuera *ahora* podría llegar a ser visto como una cierta falta de confianza en uno mismo, ¿no? ¿No le parece?

—No me puedo preocupar por eso.

—Quizás debería —dijo Stuyvesant—. Esto la podría perjudicar. Había seis personas que querían su puesto. Por lo que si hace esto y se filtra, entonces estará en problemas de verdad. Va a tener media docena de buitres murmurando *se lo dije* el resto de su carrera. Porque empezó a cuestionar sus propias habilidades.

—En algo como esto, *tengo* que cuestionarme a mí misma. Creo.

—¿Cree?

—No, lo sé. No veo alternativa.

Stuyvesant no dijo nada.

—No me pone contenta —dijo Froelich—. Créame. Pero pienso que hay que hacerlo. Y es la decisión que tengo que tomar.

La oficina quedó en silencio. Stuyvesant no dijo nada.

—¿Entonces lo autorizará? —preguntó Froelich.

Stuyvesant se encogió de hombros:

—No debería haber preguntado. Debería haber procedido y haberlo hecho sin miramientos.

—No es así como yo hago las cosas —dijo Froelich.

—Entonces no se lo diga a nadie más. Y que no haya nada escrito.

—No lo haría, de todos modos. Comprometería la eficacia.

Stuyvesant asintió vagamente. Luego, como el buen burócrata en el que se había convertido, llegó a la pregunta más importante de todas.

—¿Cuánto costaría esta persona? —preguntó.

—No mucho —dijo Froelich—. Quizás nada. Quizás solo gastos. Tenemos cierta historia en común. Teóricamente. De algún modo.

—Esto podría estancarle la carrera. No más ascensos.

—La alternativa *acabaría* con mi carrera.

—Usted fue mi elección —dijo Stuyvesant—. Yo la seleccioné. Por lo que cualquier cosa que la perjudique a usted me perjudica también a mí.

—Lo comprendo, señor.

—Así que respire hondo y cuente hasta diez. Después dígame que es realmente necesario.

Froelich asintió, y respiró y se quedó en silencio, diez u once segundos.

—Es realmente necesario —dijo.

Stuyvesant recogió la carpeta.

—OK, hágalo —dijo.

Empezó a encargarse del tema inmediatamente después de la reunión estratégica, de golpe consciente de que *hacerlo* era la parte dura. Pedir autorización le había parecido un obstáculo tan grande que en su cabeza se lo había representado como la etapa más difícil de todo el proyecto. Pero ahora no le parecía nada en comparación con encontrar a su objetivo. Lo único que tenía era un apellido y una biografía esquemática que ya ocho años antes podría haber sido imprecisa y no haber estado actualizada. Eso en el caso de que recordara correctamente los detalles. Los había mencionado su amante de manera casual, medio en

broma, tarde una noche, como parte de una conversación en la cama ya medio dormidos. Ni siquiera podía estar segura de haber estado prestando atención del todo. Así que decidió no confiar en los detalles. Confiaría solo en el nombre.

Lo escribió en mayúsculas grandes en lo alto de una hoja de papel amarillo. Le trajo muchos recuerdos. Algunos malos, la mayoría buenos. Lo miró durante un rato largo, y después lo tachó y en su lugar escribió *SUDES*. Eso la ayudaría a concentrarse, porque lo volvía todo impersonal. Ponía su mente en marcha, la llevaba directo al entrenamiento básico. Un *sujeto desconocido* era alguien a quien había que identificar y localizar. Eso era todo, nada más ni nada menos.

Su mayor ventaja operativa era la potencia informática. Tenía más acceso a más bases de datos que un ciudadano promedio. El *SUDES* era militar, eso lo sabía con certeza, por lo que fue a la base de datos del Centro de Registros del Personal de la Nación. Estaba compilado en St. Louis, Missouri, y tenía registrados literalmente a todos los hombres y mujeres que hubieran prestado servicio con el uniforme militar de los Estados Unidos, en cualquier momento y lugar. Ingresó el apellido y esperó y el programa de consulta arrojó tan solo tres resultados breves. Uno lo eliminó de inmediato, por el nombre de pila. *Sé con seguridad que no es él, ¿no?* Otro lo eliminó por la fecha de nacimiento. *Una generación completamente distinta, demasiado viejo.* Por lo que el tercero tenía que ser el *SUDES*. No había otra posibilidad. Observó el nombre completo durante un segundo y copió la fecha de nacimiento y el número del Seguro Social en su papel amarillo. Después hizo clic en el ícono de *información* e ingresó su contraseña. La pantalla se actualizó y apareció un legajo abreviado de su carrera.

Malas noticias. El *SUDES* ya no era militar. El legajo terminaba de repente cinco años atrás, con una baja

honorable después de trece años de servicio. Se había retirado con el rango de mayor. Se mencionaban medallas, incluyendo una Estrella de Plata y un Corazón Púrpura. Leyó las distinciones y anotó la información e hizo una raya que dividía el papel amarillo a la mitad para significar el fin de una era y el inicio de otra. Luego siguió adelante.

El siguiente paso lógico era buscar en el Índice de Defunciones del Seguro Social. *Entrenamiento básico*. No tenía sentido intentar encontrar a alguien que estaba muerto. Ingresó el número y se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Pero la consulta no arrojó ningún resultado. Hasta donde sabía el gobierno, el *SUDES* estaba vivo. El siguiente paso era corroborar en el Centro Nacional de Información Criminal. *Otra vez parte del entrenamiento básico*. No tenía sentido intentar contratar a alguien que estaba cumpliendo una condena en la cárcel, por ejemplo, aunque no es que ella pensara que eso fuese ni siquiera remotamente posible, no en el caso del *SUDES*. Pero nunca se sabía. Con algunos tipos de personalidades, la línea era delgada. La base de datos del Centro Nacional de Información Criminal era siempre lenta, por lo que aprovechó para meter en los cajones pilas de papeles acumulados y después se puso de pie y se sirvió más café. Volvió caminando despacio y se encontró con un expediente de “arresto o condena” en blanco esperándola en la pantalla. Más una nota breve que informaba que el *SUDES* tenía un expediente abierto por el FBI en algún lugar de sus archivos. *Interesante*. Cerró la base de datos del Centro Nacional de Información Criminal y fue directo a la del FBI. Encontró el expediente y no pudo abrirlo. Pero conocía el sistema de clasificación del Bureau lo suficiente como para poder decodificar los principales encabezamientos. Era un simple expediente de historial, inactivo. Nada más. El *SUDES* no era un fugitivo, no se lo buscaba por nada, no estaba actualmente en problemas.

Anotó todo, y después avanzó cliqueando por la base de datos nacional del Registro Automotor. *Otra vez malas noticias.* El *SUDES* no tenía licencia de conducir. *Lo cual era muy raro. Y un fuerte dolor de cabeza.* Porque sin licencia de conducir no había ni foto actual ni domicilio actual. Avanzó cliqueando por el sistema de la Administración de Veteranos que estaba en Chicago. Buscó por nombre, rango y número. Las indagaciones no arrojaron ningún resultado. El *SUDES* no estaba recibiendo ayuda federal y no había dejado ninguna dirección. *¿Por qué no? ¿Dónde demonios estás?* Volvió al Seguro Social y pidió el registro de contribuciones. No existían. El *SUDES* no había tenido ningún empleo desde que se había alejado de la vida militar, al menos no legalmente. Buscó en el Servicio de Impuestos Internos para confirmar. Misma historia. El *SUDES* no había pagado impuestos ninguno de los cinco años. No estaba ni siquiera registrado.

OK, ahora vamos en serio. Se irguió sujetándose con fuerza a la silla y dejó atrás los sitios del gobierno y abrió un programa ilícito que la llevó directo al mundo privado de la industria bancaria. Estrictamente hablando no lo debería haber usado con ese propósito. O con ningún propósito. Era una violación evidente del protocolo oficial. Pero no esperaba obtener ninguna represalia. Y sí esperaba obtener un resultado. Si el *SUDES* tenía aunque fuera una sola cuenta bancaria en alguno de los cincuenta estados, aparecería. Aunque fuera modesta. Aunque estuviera vacía o abandonada. Estaba lleno de gente que se las arreglaba sin cuentas bancarias, lo sabía, pero ella tenía el presentimiento de que el *SUDES* no sería una de esas personas. No alguien que había sido mayor del Ejército de los Estados Unidos. Con medallas.

Ingresó el número del Seguro Social dos veces, una en el casillero del número del Seguro Social y otra en el casillero del documento del contribuyente. Ingresó el nombre. Apretó *buscar*.

A doscientos noventa kilómetros de distancia, Jack Reacher sintió un ligero escalofrío. Atlantic City a mediados de noviembre no era el lugar más cálido del planeta. Desde ningún punto de vista. El viento soplaba desde el océano cargado de una cantidad de sal suficiente como para mantener todo permanentemente húmedo y pegajoso. Azotaba y arremetía y hacía volar la basura de acá para allá y le aplastaba los pantalones contra las piernas. Hacía cinco días había estado en Los Ángeles, y estaba seguro de que se tendría que haber quedado allí. Ahora estaba seguro de que tenía que volver. El sur de California es un lugar muy atractivo en noviembre. El aire allá era cálido, y las brisas marinas eran suaves caricias balsámicas en vez de interminables descargas de azotes de punzante frío salado. Tendría que irse de vuelta para allá. Tenía que ir a *algún lado*, eso seguro.

O quizás tenía que quedarse ahí como le habían pedido, y comprar un abrigo.

Había regresado al este con una señora mayor negra y su hermano. Había estado haciendo dedo hacia el este fuera de Los Ángeles para poder echarle un vistazo de un día al desierto de Mojave. La pareja de viejos lo había levantado en un antiguo Buick Roadmaster. Entre las valijas en el espacio de carga vio un micrófono y un parlante primitivo y un teclado Yamaha en su estuche y la señora le dijo que era cantante y que se dirigía cruzando todo el país hacia una breve residencia en Atlantic City. Le dijo que su hermano la acompañaba en teclados y conducía el coche, pero que ya no era un gran conversador, y que ya no era un gran conductor, y que el Roadmaster ya no era un gran coche. Era todo verdad. El viejo se mantuvo en completo silencio y estuvieron los tres en peligro de muerte varias veces en los primeros diez kilómetros. La señora empezó a cantar para tranquilizarse. Salió con algunos compases de "You Don't Love Me" de Dawn Penn y Reacher inmediatamente decidió

hacer todo el viaje con ella hasta el este solo para escucharla más. Se ofreció a hacerse cargo de las tareas de conducción. Ella siguió cantando. Tenía esa clase de voz como de humo dulce que la debería haber convertido hacía mucho tiempo en una superestrella del blues, salvo que probablemente había estado demasiadas veces en el lugar equivocado y por lo tanto nunca le había tocado en suerte. La dirección asistida del viejo coche no funcionaba bien. Y además por debajo del ritmo martillado del V-8 se escuchaba todo tipo de ruidos y traqueteos y chirridos que más o menos a ochenta kilómetros por hora empezaban a salir todos juntos y sonaban como una pista de acompañamiento. La radio era débil y captaba una sucesión interminable de emisoras AM locales durante más o menos veinte minutos cada una. La señora cantaba con las radios y el viejo se mantuvo en completo silencio y durmió la mayor parte del camino en el asiento trasero. Reacher manejó dieciocho horas por día durante tres días seguidos, y llegó a Nueva Jersey sintiendo que había estado de vacaciones.

La residencia era en un bar de quinta categoría a ocho cuadras de la rambla, y el encargado no era el tipo de persona en la que uno necesariamente confiaría para respetar el contrato. Por lo que Reacher se puso como tarea contar a los clientes y calcular el total acumulado de dinero que tenía que aparecer en el sobre de pago al final de la semana. Lo hizo de manera muy obvia y vio cómo al encargado le iba molestando cada vez más. El tipo empezó a hacer unas llamadas telefónicas breves y crípticas tapando el auricular con la mano y con los ojos clavados en la cara de Reacher. Reacher se quedó mirándolo fijo con una sonrisa fría y sin parpadear y no se movió de su lugar. Estuvo ahí durante las tres funciones las dos noches seguidas del fin de semana, pero después se empezó a poner inquieto. Y empezó a tener frío. Así que el lunes por la mañana estaba a punto de cambiar de opinión y volver al

camino cuando el viejo tecladista lo acompañó después del desayuno y finalmente rompió su silencio.

—Quiero pedirle que se quede —dijo. Pronunció *quier pirlle*, y en sus viejos ojos vidriosos había cierta clase de esperanza.

Reacher no contestó.

—Si no se queda, el encargado nos va a robar seguro —dijo el viejo, como si que les robaran el dinero fuese algo que a los músicos sencillamente les sucedía, como un neumático pinchado o un resfrío—. Pero si nos pagan, tendremos dinero para la gasolina y para ir hasta Nueva York, quizás B. B. King nos da una fecha en Times Square y resucitamos nuestras carreras. Alguien como usted podría marcar una gran diferencia en ese departamento, sin ninguna duda.

Reacher no dijo nada.

—Por supuesto, veo que está preocupado —dijo el viejo—. Un encargado como ese, seguro que tiene algunos personajes desagradables esperando en el fondo.

Reacher sonrió ante la sutileza.

—¿Qué es usted, de todos modos? —preguntó el viejo—. ¿Alguna clase de boxeador?

—No —dijo Reacher—. Ninguna clase de boxeador.

—¿Un luchador? —preguntó el viejo. Pronunció *lachador*—. ¿Como en la televisión por cable?

—No.

—Es lo suficientemente corpulento, de eso no cabe duda —dijo el viejo—. Lo suficientemente corpulento como para ayudarnos, si quisiera.

Dijo *ayud'nos*. No tenía dientes de adelante. Reacher no dijo nada.

—¿Qué es usted, de todos modos? —preguntó otra vez el viejo.

—Fui policía militar —dijo Reacher—. En el ejército, trece años.

—¿Renunció?

—Casi lo mismo.

—¿No hay trabajo para ustedes después?

—Ninguno que yo quiera —dijo Reacher.

—¿Vive en Los Ángeles?

—No vivo en ningún lado —dijo Reacher—. Me voy moviendo.

—Y la gente del camino tiene que quedarse junta —dijo el viejo—. Tan simple como eso. Ayudarnos. Algo mutuo.

Ayud'nos.

—Hace mucho frío acá —dijo Reacher.

—No cabe la menor duda —dijo el viejo—. Pero se podría comprar un abrigo.

Así que estaba en una esquina ventosa con el ventarrón marino aplastándole los pantalones contra las piernas, tomando una decisión final. *¿La autopista, o una tienda de abrigos?* Se imaginó una breve fantasía, La Jolla quizás, una habitación barata, noches cálidas, estrellas brillantes, cerveza fría. Después: la señora en el nuevo club de B. B. King en Nueva York, pasa un hombre joven cazador de talentos obsesionado con la moda retro, le arma un contrato, ella graba un CD, consigue una gira nacional, una columna en la *Rolling Stone*, fama, dinero, casa nueva. *Coche nuevo.* Le dio la espalda a la autopista y se encorvó contra el viento y caminó hacia el este en busca de una tienda de ropa.

Ese lunes en particular había cerca de doce mil organizaciones bancarias aseguradas por la FDIC con licencia y operando en territorio de los Estados Unidos y en total contaban con más de mil millones de cuentas distintas, pero solo una estaba registrada bajo el nombre y el número del Seguro Social del *SUDES*. Era una simple cuenta corriente de una sucursal de un banco regional que estaba en Arlington, Virginia. M. E. Froelich miró sorprendida la dirección de la sucursal. *Eso es a menos de siete kilómetros de donde estoy sentada ahora mismo.*

Copió los datos en su hoja amarilla. Levantó el teléfono y llamó a un colega más antiguo del otro lado de la organización y le pidió que contactara al banco en cuestión para pedir todos los datos que le pudieran dar. En especial un domicilio. Le pidió que lo hiciera lo más rápido posible, pero también de manera discreta. Y que fuera completamente confidencial. Después colgó y esperó, frustrada y ansiosa por no poder hacer nada temporariamente. El problema era que el otro lado de la organización les podía hacer preguntas discretas a los bancos de manera bastante sencilla, mientras que si lo hacía ella se vería como algo muy extraño.

Reacher encontró una tienda de descuentos tres cuadras más cerca del mar y entró. Era angosta pero se metía en el edificio más de cincuenta metros. Había tubos fluorescentes todo a lo largo del techo y percheros con prendas de vestir que se extendían hasta donde llegaba la vista. Parecían ser cosas para mujeres a la izquierda, para niños en el centro y para hombres a la derecha. Empezó en el rincón del fondo y fue recorriendo hacia delante.

Había toda clase de abrigos disponibles, eso seguro. Los primeros dos percheros tenían chaquetas cortas acolchadas. *No sirven*. Se guiaba por lo que le había dicho un viejo compañero del ejército: *un buen abrigo es como un buen abogado. Te cubre el trasero*. El tercer perchero era más prometedor. Tenía abrigos de tela largos hasta los muslos y de colores neutros que además eran pesados porque tenían forros gruesos de franela. Quizás había algo de lana ahí en medio de todo eso. Quizás también de algún otro material. Sin duda se sentían lo suficientemente pesados.

—¿En qué le puedo ayudar?

Se dio vuelta y vio que había una mujer joven a sus espaldas.

—¿Estos abrigos sirven para el frío de acá? —preguntó.

—Perfectamente —dijo la mujer. Estaba muy animada. Le contó todo acerca de un producto especial con el que estaba rociada la tela para rechazar la humedad. Le contó todo acerca del aislamiento térmico interno. Le prometió que lo mantendrían abrigado hasta en temperaturas bajo cero. Él recorrió el perchero con la mano y sacó uno oliva oscuro XXL.

—OK, me llevo este —dijo.

—¿No se lo quiere probar?

Hizo una pausa y se encogió de hombros para meterse en el abrigo. Le quedaba bastante bien. Casi. Quizás era un poco ajustado de espalda. Las mangas eran quizás tres centímetros cortas.

—Necesita un 3XLT —dijo la mujer—. ¿Qué talle es usted, un cincuenta?

—¿Un cincuenta de qué?

—De pecho.

—No tengo idea. Jamás me lo medí.

—¿Altura un metro noventa y cinco?

—Supongo —dijo.

—¿Peso?

—Ciento diez kilos —dijo—. Quizás ciento quince.

—Por lo que definitivamente necesita los talles grandes —dijo—. Pruébese el 3XLT.

El 3XLT que le alcanzó era del mismo color poco llamativo que el XXL que él había agarrado. Le quedaba mucho mejor. Un poco holgado, lo cual le gustaba. Y las mangas estaban bien.

—¿Pantalones? —dijo la mujer en voz alta. Se había ido hacia otro perchero y estaba haciendo pasar pantalones de trabajo de tela pesada, mirándole la cintura y el largo de piernas. Eligió un par que combinaba con uno de los colores del forro de franela interno del abrigo—. Y pruébese estas camisas —dijo. Saltó hacia otro perchero y le mostró un arcoíris de camisas de franela—. Se pone una camiseta debajo y ya está. ¿Qué color le gusta?

—Nada llamativo —dijo él.

Ella puso todo arriba de uno de los percheros. El abrigo, el pantalón, la camisa, una camiseta. Quedaban bastante bien todos juntos, verde oliva terrosos y caquis.

—¿OK? —dijo ella alegremente.

—OK —dijo él—. ¿Tienen ropa interior también?

—Por aquí —dijo ella.

Él revolvió en un canasto lleno de boxers con defectos de fábrica y eligió un par blanco. Después un par de medias, casi todo algodón, moteadas con todo tipo de colores orgánicos.

—¿OK? —dijo otra vez la mujer.

Él asintió y ella lo llevó hasta la caja registradora en la parte de adelante de la tienda y con un bip pasó todas las etiquetas por la luz roja.

—Ciento ochenta y nueve dólares exactos —dijo.

Reacher miró los números rojos en la pantalla de la caja:

—Pensé que era una tienda de descuentos —dijo.

—Es un precio increíblemente razonable, de verdad —dijo ella.

Él negó con la cabeza y buscó en el bolsillo y sacó un fajo de billetes arrugados. Contó ciento noventa. Con el dólar que ella le dio de vuelto le quedaban tan solo cuatro dólares.

El colega más antiguo del otro lado de la organización llamó a Froelich en menos de veinticinco minutos.

—¿Conseguiste un domicilio? —le preguntó.

—Boulevard Washington 100 —dijo el tipo—. Arlington, Virginia. Código postal 20310-1500.

Froelich lo anotó:

—OK, gracias. Supongo que eso es lo único que necesito.

—Creo que podrías llegar a necesitar algo más.

—¿Por qué?

—¿Conoces el boulevard Washington?

Froelich hizo una pausa:

—Va hasta el Memorial Bridge, ¿no?

—Es una autopista.

—¿No hay edificios? Tiene que haber edificios.

—Hay *un* edificio. Bastante grande. A unos cientos de metros del lado este.

—¿Qué?

—El Pentágono —dijo el tipo—. Es un domicilio falso, Froelich. De un lado del boulevard Washington está el Cementerio de Arlington y del otro lado está el Pentágono. Eso es todo. No hay nada más. No hay número 100. No hay ningún domicilio privado para recibir el correo. Lo corroboré con el Servicio Postal. Y el código postal es el del Departamento del Ejército, dentro del Pentágono.

—Genial —dijo Froelich—. ¿Les dijiste a los del banco?

—Claro que no. Me pediste que fuera discreto.

—Gracias. Pero estoy otra vez en el punto de partida.

—Quizás no. Es una configuración extraña, Froelich. Un balance de seis dígitos, pero está todo quieto en una cuenta corriente, sin ningún tipo de ganancia. Y el cliente solo accede vía Western Union. Nunca viene. Es un arreglo telefónico. El cliente llama con una contraseña, el banco le transfiere efectivo mediante Western Union, a donde sea.

—¿No tiene tarjeta de débito?

—Ningún tipo de tarjeta. Tampoco le emitieron nunca una chequera.

—¿*Solo* Western Union? Nunca escuché algo así. ¿Hay algún tipo de registro?

—Geográficamente, por todas partes, literal. Cuarenta estados y contando en cinco años. Depósitos ocasionales y muchos retiros de montos muy bajos, todos a oficinas de Western Union en zonas alejadas, en ciudades, en todos lados.

—Extraño.

—Como dije.

—¿Hay algo que puedas hacer?

—Ya lo hice. Me van a llamar la próxima vez que el cliente llame.

—¿Y después me vas a llamar a mí?

—Podría ser.

—¿Hay algún patrón de frecuencia?

—Varía. El intervalo máximo recientemente fue de unas pocas semanas. A veces es cada pocos días. Los lunes son populares. Los bancos cierran el fin de semana.

—Por lo que podría tener suerte hoy.

—Claro que sí —dijo el tipo—. La pregunta es: ¿yo también voy a tener suerte?

—No esa clase de suerte —dijo Froelich.

El encargado del bar vio que Reacher entraba al motel. Después se metió en una calle lateral ventosa y activó su celular. Lo cubrió con la mano y habló bajo y de manera urgente, y convincente, y respetuosa, como era de esperar.

—Porque me está faltando el respeto —dijo el encargado, en respuesta a una pregunta.

—Hoy estaría bien —dijo, en respuesta a otra pregunta.

—Dos por lo menos —dijo, en respuesta a la última pregunta—. Es un tipo corpulento.

Reacher cambió uno de sus cuatro dólares por monedas de veinticinco centavos en la recepción del motel y se dirigió hacia el teléfono público. Marcó de memoria el número de su banco y les dio su contraseña y arregló que le enviaran quinientos dólares a Western Union en Atlantic City ese mismo día antes del cierre. Después fue a su habitación y arrancó todas las etiquetas y se puso su ropa nueva. Trasladó de un lado a otro todas las cosas que tenía en los bolsillos y tiró la indumentaria de verano a la basura y se miró en el espejo alto que había en la parte de adentro de la puerta del armario. *Me dejo crecer la barba y me compro unos anteojos de sol y podría ir caminando hasta el Polo Norte,* pensó.

Froelich supo del pedido de transferencia once minutos más tarde. Cerró los ojos un segundo y apretó las manos en señal de triunfo y después se estiró hacia atrás y sacó de un estante un mapa del litoral este. *Quizás tres horas si el tráfico coopera. Podría llegar a lograrlo.* Agarró su chaqueta y su cartera y bajó corriendo al garaje.

Reacher se quedó una hora en la habitación y después salió para evaluar las propiedades aislantes de su abrigo nuevo. *Prueba de campo*, solían decirle, en aquel entonces. Se dirigió hacia el este en dirección al mar, internándose en el viento. Más que ver a alguien detrás de él lo sintió. Apenas un cosquilleo característico en la parte baja de la espalda. Aminoró la marcha y usó la vidriera de una tienda como espejo. Llegó a entrever un movimiento cincuenta metros más atrás. Demasiado lejos como para ver los detalles.

Siguió caminando. El abrigo era bastante bueno, pero se tendría que haber comprado también un sombrero. Eso estaba claro. El mismo amigote que decía lo de los abrigos solía comentar que la mitad de la pérdida del calor corporal se producía por la parte alta de la cabeza, y ciertamente así se sentía. El frío le soplaba por el pelo y le hacía llorar los ojos. En noviembre en la costa de Jersey, un gorro militar de lana habría sido valioso. Tomó una nota mental de estar atento a tiendas de rezagos cuando estuviera volviendo de la oficina de Western Union. En su experiencia a menudo se encontraban en los mismos vecindarios.

Llegó a la rambla de madera y caminó hacia el sur, con el mismo hormigueo todavía ahí en la parte baja de la espalda. Se dio vuelta de repente y no vio nada. Caminó otra vez en dirección al norte hacia el lugar del que había salido. Las tablas bajo sus pies estaban en buenas condiciones. Había un cartel en el que decía que eran de una madera dura especial, la madera más resistente que se pudiera encontrar en cualquier bosque del mundo. La

sensación seguía allí en la parte baja de su espalda. Se dio vuelta y llevó a sus sombras invisibles hacia el Muelle Central. Era la estructura original, conservada. Tenía el aspecto que supuso debía haber tenido en aquel entonces cuando se construyó. No había nadie, lo cual no era ninguna sorpresa dado el clima, y eso sumaba al sentimiento de irrealidad. Era como una fotografía arquitectónica de un libro de historia. Pero algunos de los puestitos antiguos estaban abiertos y vendían cosas, incluyendo uno que vendía café moderno en vasos de telgopor. Se compró uno de veinte onzas negro normal, que le costó todo el dinero que le quedaba, pero que le calentó el cuerpo. Caminó hasta el final del muelle mientras lo bebía. Tiró el vaso a la basura y se detuvo y miró el mar gris un rato. Después se dio vuelta y se encaminó hacia la costa y vio a dos hombres que avanzaban hacia él.

Eran tipos de un tamaño apropiado, bajos pero anchos, vestidos más o menos de la misma manera con gabanes azules y pantalones de jean gris. Los dos tenían sombrero. Gorritas tejidas de lana gris, clavadas en sus cabezas carnosas. Claramente sabían cómo vestirse para ese clima. Tenían las manos en los bolsillos, por lo que no podía saber si tenían guantes haciendo juego. Los bolsillos estaban altos en los abrigos, por lo que los codos quedaban forzados hacia fuera. Los dos tenían puestas botas pesadas, del tipo de las que podría llegar a elegir un trabajador metalúrgico o un estibador. Los dos tenían las piernas un poco arqueadas, o quizás simplemente estaban tratando de caminar con un contoneo intimidante. Los dos tenían una pequeña cicatriz en la zona de la frente. Tenían aspecto de luchadores de feria o de matones de astillero de hacía cincuenta años. Reacher miró hacia atrás y no vio a nadie detrás de él, todo despejado hasta Irlanda. Por lo que simplemente detuvo la marcha. No se preocupó por poner la espalda contra la baranda.

Los dos hombres siguieron caminando y se detuvieron a dos metros y medio de él y se ubicaron como enfrentándolo. Reacher flexionó los dedos al costado de su cuerpo, para verificar cuán entumecidos estaban. Dos metros y medio de distancia era una elección interesante. Significaba que iban a hablar antes de trenzarse. Movi6 los dedos de los pies e hizo subir un poco de tensi6n muscular por los gemelos, los muslos, la espalda, los hombros. Movi6 la cabeza a un lado y al otro y despu6s un poco hacia atr6s, para aflojar el cuello. Tom6 aire por la nariz. El viento le llegaba por la espalda. El tipo de la izquierda sac6 las manos de los bolsillos. No ten6 guantes. Y ten6 un problema grave de artritis o ten6 rollos de monedas de veinticinco centavos en ambas palmas.

—Tenemos un mensaje para ti —dijo.

Reacher le ech6 un vistazo a la baranda del muelle y al agua del otro lado. El mar estaba picado y gris. Probablemente helado. Tirarlos habr6a sido casi un homicidio.

—¿Del encargado del bar? —pregunt6.

—De su gente, s6.

—¿Tiene gente?

—Esto es Atlantic City —dijo el tipo—. Por supuesto que tiene gente.

Reacher asinti6:

—As6 que d6jame adivinar. Me tengo que ir de la ciudad, me tengo que largar, me las tengo que tomar, tengo que desaparecer, no volver nunca m6s, no pisar nunca m6s este lugar, olvidarme de que alguna vez estuve en esta ciudad.

—Est6s afilado hoy.

—Leo la mente —dijo Reacher—. Trabajaba en un puesto de feria. Al lado de la mujer con barba. ¿Ustedes no trabajaban ah6 tambi6n? ¿Tres puestos m6s all6? ¿No eran los Gemelos M6s Feos del Mundo?

El tipo de la derecha sac6 las manos de los bolsillos. Ten6 la misma dolencia neur6lgica en los nudillos, o si no, otro

par de rollos de monedas de veinticinco. Reacher sonrió. Le gustaban los rollos de monedas de veinticinco. Una tecnología anticuada y noble. E implicaban que no había armas de fuego. Nadie se aferra a un rollo de monedas si tiene una pistola en el bolsillo.

—No queremos lastimarte —dijo el de la derecha.

—Pero te tienes que ir —dijo el de la izquierda—. No necesitamos gente interfiriendo en los procedimientos económicos de esta ciudad.

—Así que márchate de la manera más fácil —dijo el de la derecha—. Déjanos acompañarte hasta la terminal de autobús. O los viejos podrían llegar a terminar lastimados, también. Y no solo económicamente.

Reacher oyó en su cabeza una voz absurda: directo desde su infancia, su madre diciendo *por favor no te pelees cuando tengas puesta ropa nueva*. Después oyó la voz de un instructor militar de lucha cuerpo a cuerpo diciendo *pégales rápido, pégales fuerte y pégales mucho*. Movi6 los hombros dentro del abrigo. De repente se sintió agradecido con la mujer de la tienda por haberle hecho comprar el talle más grande. Miró a los dos tipos sin absolutamente nada en la mirada salvo un poco de diversión y mucha confianza en sí mismo. Se movió un poco hacia la izquierda, y ellos rotaron con él. Se les acercó un poco, ajustando el triángulo. Levantó la mano y se acomodó el pelo donde el viento se lo estaba despeinando.

—Va a ser mejor que se vayan ahora —dijo.

No se fueron. Sabía que no se irían. Respondieron al desafío acercándose entre sí y avanzando hacia él, de manera imperceptible, apenas una fracción de movimiento muscular que inclinó su peso corporal hacia delante más que hacia atrás. *Tienen que quedar de cama por una semana, pensó. Pómulos, probablemente. Un golpe nítido, fracturas deprimidas, quizás pérdida temporal del conocimiento, fuertes dolores de cabeza. Nada demasiado grave*. Esperó hasta que el viento sopló otra vez y levantó

la mano derecha y se acomodó el pelo detrás de la oreja izquierda. Después dejó la mano ahí, con el codo estable arriba, como si justo lo hubiera asaltado un pensamiento.

—¿Saben nadar? —preguntó.

No mirar hacia el mar habría requerido un autocontrol más que humano. Ellos no eran más que humanos. Giraron la cabeza como robots. Le dio un mazazo en la cara al de la derecha con el codo que tenía levantado y amartilló otra vez y le pegó al de la izquierda en el momento en que su cabeza volvía rápido ante el ruido que hacían los huesos de su amigote al romperse. Se derrumbaron a la vez sobre las tablas y sus rollos de veinticinco centavos se abrieron y rodaron monedas por todas partes y giraron en pequeños círculos plateados y chocaron y cayeron, caras y cecas. Reacher tosió en medio del frío intenso y se quedó quieto y lo repasó mentalmente: dos tipos, dos segundos, dos golpes, *game over. Todavía tienes de lo bueno.* Respiró hondo y se secó el sudor frío de la frente. Después se alejó caminando. Bajó del muelle a la rambla de madera y fue en busca del Western Union.

Había buscado la dirección en la guía telefónica del motel, pero no la necesitaba. Una oficina de Western Union se puede encontrar por presentimiento. Por intuición. Era un algoritmo sencillo: te paras en una esquina y te preguntas ¿ahora es más probable que esté a la izquierda o a la derecha? Luego doblas a la izquierda o a la derecha según corresponda, y en poco tiempo ya estás en el vecindario indicado, y en poco tiempo la encuentras. Esta tenía una Chevy Suburban de dos años de antigüedad estacionada junto a una boca de incendio justo en la puerta. La camioneta era negra con ventanillas polarizadas, y estaba inmaculadamente limpia y brillante. Tenía en el techo tres antenas cortas de UHF. Había una mujer sola en el asiento del conductor. La miró una vez, y después de nuevo. Tenía el pelo rubio, y parecía relajada y alerta, las dos cosas al

mismo tiempo. Algo en la manera en que su brazo estaba apoyado contra la ventanilla. Y era linda, sin ninguna duda. Tenía una especie de magnetismo. Él miró para otro lado y entró a la sucursal y pidió su dinero. Se lo guardó en el bolsillo y volvió a salir y se encontró a la mujer en la vereda, parada justo enfrente, mirándolo. A la cara, como si estuviera comparando parecidos y diferencias con una imagen mental. Un proceso que él reconoció. Ya lo habían mirado así antes una o dos veces.

—¿Jack Reacher? —dijo ella.

Indagó otra vez en su memoria, porque no quería estar equivocado, aunque no creía estarlo. Pelo rubio corto, ojos hermosos mirándolo directo, una especie de confianza tranquila en su compostura. Tenía cualidades que habría recordado. Estaba seguro. Pero no las recordaba. Por lo tanto nunca antes la había visto.

—Conociste a mi hermano —dijo.

Ella pareció sorprendida, y un poco complacida. Y temporariamente sin palabras.

—Me doy cuenta —dijo él—. Cuando la gente me mira así, están pensando en cuánto nos parecemos, pero también en cuán distintos somos.

Ella no dijo nada.

—Un placer conocerte —dijo él, y se empezó a alejar.

—Espera —dijo ella en voz alta.

Él se dio vuelta.

—¿Podemos hablar? —dijo ella—. Te he estado buscando.

Él asintió:

—Podemos hablar en el coche. Acá fuera me estoy congelando.

Ella se quedó quieta durante un segundo más, con los ojos clavados en la cara de él. Después se movió de repente y abrió la puerta del acompañante.

—Por favor —dijo.

Él se subió y ella dio la vuelta por adelante del capot y subió a su vez de su lado. Encendió el motor para prender

la calefacción, pero no fue a ninguna parte.

—Conocí muy bien a tu hermano —dijo—. Salíamos, Joe y yo. Más que salíamos, en realidad. Durante un tiempo fue bastante en serio. Antes de que muriera.

Reacher no dijo nada. La mujer se sonrojó.

—Bueno, obviamente antes de que muriera —dijo—. Qué estupidez.

Se quedó callada.

—¿Cuándo? —preguntó Reacher.

—Estuvimos juntos dos años. Nos separamos un año antes de que sucediera.

Reacher asintió.

—Yo soy M. E. Froelich —dijo ella.

Dejó suspendida en el aire una pregunta no dicha: *¿me mencionó alguna vez?* Reacher asintió de nuevo, tratando de que pareciera que el nombre significaba algo. Pero no era así. *Nunca oí hablar de ti, pensó. Pero quizás me habría gustado.*

—¿Eme? —dijo él—. ¿Cómo la letra M?

—M. E. —dijo ella—. Son mis iniciales.

—¿Y a qué nombres les corresponden?

—Eso no te lo voy a decir.

Él hizo una pausa:

—¿Cómo te decía Joe?

—Me decía Froelich —dijo ella.

Él asintió:

—Sí, eso haría.

—Todavía lo extraño —dijo ella.

—Yo también, supongo —dijo Reacher—. ¿Entonces esto es algo acerca de Joe, o es acerca de alguna otra cosa?

Se quedó quieta de nuevo, un momento más. Después se sacudió un poco, un mínimo temblor subliminal, y volvió al asunto.

—Las dos cosas —dijo—. Bueno, sobre todo otra cosa, en realidad.

—¿Me quieres contar qué es?